

*¡Dios  
mío,  
ayúdame!*

SEGÚN 1 Y 2 SAMUEL

# “Necesito las lecciones que me has enseñado”

*“Y dijo David a Abisai y a todos sus siervos: He aquí, mi hijo que ha salido de mis entrañas, acecha mi vida; ¿cuánto más ahora un hijo de Benjamín? Dejadle que maldiga, pues Jehová se lo ha dicho. Quizá mirará Jehová mi aflicción, y me dará Jehová bien por sus maldiciones de hoy. Y mientras David y los suyos iban por el camino, Simei iba por el lado del monte delante de él, andando y maldiciendo, y arrojando piedras delante de él, y esparciendo polvo” (2 Samuel 16.11–13).*

Lectura de fondo: 2 Samuel 15—18.

Son más de sesenta capítulos de nuestra Biblia los que están dedicados a narrar la historia de David. El hecho de que la Biblia narre la vida de David con tanto detalle, nos permite examinar el desarrollo espiritual de éste desde los tiempos en que era un joven pastor, hasta que llegó a ser anciano. Durante los últimos días, David se vio asistido y enriquecido por algunas de las lecciones espirituales que Dios le había enseñado a través de los años.

No debería desalentarnos el saber que se necesitan muchos años para desarrollar la madurez espiritual. Un hombre le trajo una vez su hijo a James A. Garfield, cuando éste era presidente del Hiram Eclectic Institute. Le preguntó a Garfield cuánto tiempo se llevaría la educación de su hijo. Garfield le contestó que se necesitaban por lo menos doce años para llegar hasta la secundaria. “¿Lo puede hacer más rápidamente?”, le preguntó el hombre. “Por supuesto”, le contestó Garfield, “el tiempo que se necesita depende de lo que usted desee. Sólo se necesitan diez semanas para cultivar un calabacín, pero se necesitan cien años para cultivar un roble”.

La odisea espiritual de David fue prolongada y difícil. En su conflicto con Absalón, no obstante, el demostró haber aprendido algunas importantes lecciones de espiritualidad.

La profecía de Natán, en el sentido de que la espada jamás se apartaría de su casa, definió el resto de la vida de David (2 Samuel 12.10). Después de su pecado con Betsabé, David jamás volvió a saber lo que era la paz, tal como la había conocido anteriormente. Su hijo Absalón llegó a ser su más grande enemigo.

En un acto de venganza, Absalón había hecho que mataran a su medio hermano Amnón. Según los estándares de aquellos tiempos, Absalón había dado buenas razones para haber actuado así. Amnón había violado cruelmente a Tamar, la hermana de Absalón, y luego, de modo despiadado, la rechazó (2 Samuel 13.1–17). Absalón esperó dos años y luego hizo que sus siervos mataran a Amnón mientras éste estaba ebrio (2 Samuel 13.18–28).

Después de la muerte de Amnón, Absalón huyó al exilio en Gesur y se quedó allí tres años. Al final de este período, David le permitió regresar. Dos años más tarde, David lo reinstaló a su antigua posición (2 Samuel 13.38; 14.28).

Dada la imprudencia de su juventud, Absalón no estuvo contento con esperar a que su padre muriera, y así llegar a ser él rey. Haciendo uso de la adulación y la conspiración, Absalón logró ganar los corazones del pueblo de Israel. Cuando la oportunidad se le presentó, le hizo un llamado a sus seguidores a que le ayudaran a destronar a David.

Después de iniciar la revolución, Absalón convenció a Ahitofel, uno de los consejeros de mayor

confianza de David, a que se le uniera. Cuando ya estaba a punto de tomar el trono, Absalón sonó la trompeta de rebelión y reunió su ejército en Hebrón.

Cuando oyó que Absalón marchaba por la ciudad, David y la mayoría de los de su casa evacuaron Jerusalén. Un David lloroso y con los pies descalzos cruzó el torrente de Cedrón y subió la cuesta del monte de los Olivos.

Fue cuando David dejó la ciudad que él descubrió quiénes eran sus verdaderos amigos. Itai, un mercenario extranjero, proclamó su lealtad al rey y trajo consigo seiscientos hombres.

Sadoc y Abiatar, los sacerdotes, se ofrecieron a traer el arca del pacto y seguir a David. Pero en lugar de esto, David los envió de regreso a Jerusalén, para que le sirvieran de espías.

Husai arquita, hizo suyo el dolor de David y se ofreció a ir con él. En lugar de esto, David lo hizo volver para que frustrara los esfuerzos de Ahitofel.

Siba, el criado de Mefi-boset, se mostró leal sólo a sí mismo. Se encontró con David y acusó a su amo de esperar a Absalón en Jerusalén. Tomando una decisión precipitada, David cometió el error de entregarle a Siba toda la propiedad de Mefi-boset.

Simei, un familiar de Saúl, maldijo a David y le lanzó rocas y polvo a éste. David, no obstante, refrenó a Abisai, uno de sus hombres fuertes, y no le permitió matar a Simei por sus calumnias.

En Jerusalén, Husai pudo frustrar el consejo de Ahitofel y demorar los planes de Absalón de perseguir a David. Cuando los dos ejércitos por fin se enfrentaron, Absalón figuró entre los que murieron. Una vez que el ejército rebelde fue derrotado, David fue reinstalado en su trono.

Cuando miramos a David haciéndole frente a estas tribulaciones, debe impresionarnos su gran fortaleza espiritual. Esta fortaleza le permitió soportar, superar y vencer estas dificultades.

Si podemos hallar una fortaleza semejante, podemos ser parte de un triunfo espiritual parecido.

### **DAVID HABÍA APRENDIDO LA IMPORTANCIA DE SOMETERSE A LA VOLUNTAD DE DIOS**

Cuando David se vio obligado a abandonar Jerusalén, ese momento debió haber sido uno de los más deprimentes de su vida. El que antes hería “a sus diez miles” estaba ahora huyendo de delante de un enemigo que marchaba. El sentido común le dictaba que era conforme a la voluntad de Dios, el no oponerse a Absalón en aquellos momentos. Esta lección de sumisión a la voluntad de Dios, la cual había aprendido con gran dolor, demostró ser

la más importante de toda su vida.

David podría haber cuestionado la sabiduría de Dios varias veces en su pasado. Había sido tratado de modo injusto. Saúl se había rehusado a cumplirle las promesas que le hizo por haber matado a Goliat. De hecho, Saúl había hecho varios intentos de matar a David. Además, él había tomado la esposa de David, Mical, y se la había dado a otros. Más adelante, el general de confianza de David, Joab, había obrado en contra de los intereses de David (2 Samuel 3.27–28).

Cuando David huía de Jerusalén, su fe fue probada una vez más. Halló traición en aquellos en quienes creía que podía confiar más que en nadie. Hombres de posiciones inferiores a la suya lo maldijeron y trataron injustamente. A pesar de estas y otras dificultades, David jamás perdió su fe en Dios.

¡Cuán necesitados estamos nosotros de esta misma confianza! No todo lo que nos sucede como cristianos será bueno, sin embargo, podemos hallar fortaleza en las preciosas promesas de Dios. “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Romanos 8.28).

Como cristianos que somos, tenemos consuelo en cualquier situación en la que nos encontremos. Dios obrará en cualquier circunstancia, con el fin de ayudarnos a conocer su voluntad y hará lo que es mejor para nosotros. Lo que suceda puede que no sea bueno, ni parecerá lo mejor, según nuestra propia sabiduría. No obstante, podemos saber que Dios hará que se convierta en lo mejor para nosotros. En amor, él lo hará que ayude a nuestro bien y que sea para gloria suya.

Examine lo que Romanos 8.28, *no* está diciendo. No está diciendo que todo estará bien. Lo que está diciendo es que si amamos a Dios y le servimos, podemos esperar que su mano providencial nos guíe y gobierne nuestras vidas. Nuestra respuesta a esta gran promesa debería ser la misma que la de Job: “He aquí, aunque él me matare, en él esperaré;...” (Job 13.15).

### **DAVID HABÍA APRENDIDO EL VALOR DEL ARREPENTIMIENTO**

Fue un David entristecido el que abandonó Jerusalén, pero su tristeza no era por haber perdido la ciudad. De hecho, David parecía confiar en su regreso, habiendo dejado a algunos de su casa (2 Samuel 15.16, 25). Es probable que debamos concluir que el llanto de David era por sus propios pecados (Mateo 5.4; Lucas 6.21).

David había errado al descuidar su posición de

rey (2 Samuel 15.2–3). Podemos hallar muchos indicios de que David no instruyó ni disciplinó a sus hijos (1 Reyes 1.6). No hay duda de que la revolución de Absalón fue el resultado del descuido y pecado de David.

David había aprendido bien la dura lección del arrepentimiento. Había demorado el arrepentimiento, y eso le significó un terrible costo (2 Samuel 11.26–27). Esta vez su arrepentimiento fue inmediato.

Tal vez David repitió las palabras que se encuentran en sus salmos:

Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia;  
Conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones (Salmo 51.1).

Respóndeme cuanto clamo, oh Dios de mi justicia.  
Cuando estaba en angustia, tú me hiciste ensanchar;  
Ten misericordia de mí, y oye mi oración (Salmo 4.1).

Respóndeme, Jehová, porque benigna es tu misericordia;  
Mírame conforme a la multitud de tus piedades (Salmo 69.16).

¿Cuánto deberíamos centrarnos en nuestros pecados? Dado que nosotros gustamos de un perdón completo, ¿habrá algún beneficio en estar recordando las transgresiones del pasado? Debemos tener resuelto el problema de la culpa y no permitir que ésta siga presente en nuestras vidas. Este sentimiento de pecado no debe abrumarnos ni impedirnos mirar a la cruz en búsqueda de misericordia. Por otro lado, si nuestro gozo por el perdón nos deja sin castigo y no tenemos sentimiento alguno de indignidad, seremos culpables de una falta igual. Dios olvida el pasado, sin embargo su divino olvido debería producirnos un profundo sentimiento de indignidad y de humildad.

¡El arrepentimiento libera el poder de Dios! Cuando estamos dispuestos a llorar, a arrepentirnos y a buscar el perdón de nuestros pecados, Dios libera su poder en la forma de perdón, aceptación, paz y reconciliación. Él le concede a sus hijos arrepentidos gracia sin medida. Mientras el hijo pródigo estuvo en el país lejano, ni una pizca del poder ni de la misericordia de Dios le llegó. Todo vino cuando él volvió a su hogar.

#### **DAVID RECORDABA EL VALOR DE LA CONFIANZA EN EL SEÑOR**

¡No podemos dudar de la presencia de la fe de David! Con el mundo desmoronándose alrededor

suyo, David no se tambaleó en su confianza. Cuando Abisai le pidió permiso para quitarle la cabeza a Simei, David lo detuvo diciéndole:

Si él así maldice, es porque Jehová le ha dicho que maldiga a David. ¿Quién, pues, le dirá: ¿Por qué lo haces así?... Quizá mirará Jehová mi aflicción, y me dará Jehová bien por sus maldiciones de hoy (2 Samuel 16.10–12).

La confianza es más que aceptación pasiva. David sabía que aun con todo el poder de Dios, él era responsable de hacer lo que pudiera para aliviar su propia situación. Él le oró al Señor que hiciera nulo el consejo de Ahitofel. David neutralizó los planes y obra de Absalón todo lo que pudo enviando a Husai a tratar de hacer esto.

Busqué a Jehová, y él me oyó,  
Y me libró de todos mis temores (Salmo 34.4).

La confianza es una espada de doble filo. Significa dependencia total del poder y voluntad de Dios. Cuando uno dice: “Ponlo en las manos del Señor”, ello no significa que no vamos a poner nuestros mejores esfuerzos. Más bien, es un llamado a dedicar todas nuestras habilidades y recursos a hallar la voluntad de Dios.

La serenidad que proviene de la confianza en Dios es parte de la madurez espiritual. Pablo expresó esta clase de madurez en Filipenses 4.12–13:

Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.

La paz que proviene de la confianza en Dios es algo que podemos aprender. Ella es el resultado de la prueba de nuestra fe y de la victoria que le sigue a esta prueba.

David mostró que él había aprendido esto cuando le oró a Dios acerca de su situación:

¡Oh Jehová, cuánto se han multiplicado mis adversarios!  
Muchos son los que se levantan contra mí.  
Muchos son los que dicen de mí:  
No hay para él salvación en Dios.

Mas tú, Jehová, eres escudo alrededor de mí;  
Mi gloria, y el que levanta mi cabeza.  
Con mi voz clamé a Jehová,  
Y él me respondió desde su monte santo.

Yo me acosté y dormí,  
Y desperté, porque Jehová me sustentaba.  
No temeré a diez millares de gente,  
Que pusieron sitio contra mí (Salmo 3.1–6).

## CONCLUSIÓN

Cuando todo había acabado, ¿qué recordó David? Él había experimentado mucho dolor y tristeza en este episodio. Su dignidad se había reducido a nada. Su nación había sufrido confusión y disensión. Él había sufrido pérdida personal y humillación. Una victoria no sería suficiente para mantener unida a una nación que eventualmente se dividiría para siempre.

El consuelo y la esperanza de David es el mismo de nosotros. Dios sabe, Dios tiene cuidado. Esto

por sí solo es nuestra confianza.

Me gozaré y alegraré en tu misericordia,  
Porque has visto mi aflicción;  
Has conocido mi alma en las angustias.  
No me entregaste en mano del enemigo;  
Pusiste mis pies en lugar espacioso  
(Salmo 31.7-8).

*No importa cuán oscura sea la noche, ni cuán violenta la tormenta, Dios está en los cielos vigilando por encima de todo.* ■

©Copyright 2000, 2002, por LA VERDAD PARA HOY  
Todos los derechos reservados